

—¡El que dé un solo grito, es muerto!...
Y antes de que nadie pudiera volver de su sorpresa para defenderse, se vieron amarrados y sin poder moverse.
Luz, al ver brillar sobre el pecho de su amante y el de su anciano padre el horrible puñal, cayó sin sentido al suelo, exhalando un ¡ay! desgarrador.

Rafael quiso correr en su auxilio, pero no pudo.

El doctor fingió hacer esfuerzos extraordinarios para soltarse.

Dos de los malvados se apoderaron de la joven, mientras el otro amarraba también a la anciana para más seguridad.

Hecho esto, se acercó en seguida a la joven, que estaba sin sentido.

Rafael hacía esfuerzos inauditos para desatarse y defenderla, pero era imposible.

Wiley les dirigía palabras insultantes y amenazas terribles que cualquiera las hubiera creído sinceras.

Los enmascarados, sin cuidarse de ellas, trataron de llevarse a Luz, que seguía desmayada.

Rafael rugió como un león aprisionado; a poco vió que la levantaban del suelo y que la llevaban.

Esto era horrible para él; estaba tendido en el suelo, tapada la boca y amarradas las manos, y no podía moverse ni gritar.

De repente vió desaparecer detrás de la cortina al objeto que más amaba en el mundo, conducido por aquellos tres malvados.

Después oyó el ruido de la llave con que cerraban la puerta de la sala en que los dejaban.

A poco escuchó la rotación de un coche que salía de la casa.

El desgraciado amante, persuadido de que dentro de aquel carruaje se llevaban su felicidad y su ventura, lanzó un grito de dolor que quedó ahogado en el doblado pañuelo con que le habían tapado fuertemente la boca.

Luego aplicó con ansiedad el oído, conservando cierta dulce esperanza de ver volver en el coche a la mujer que amaba, salvada por la justicia.

Pero sólo pudo conocer que el carruaje se alejaba a toda prisa.

Poco después el ruido se fué perdiendo a lo lejos, entre las solitarias calles, hasta desaparecer del todo.

Rafael sintió oprimido el pecho, como si hubieran co-

locado sobre él la losa del sepulcro; sus ojos se le llenaron de lágrimas y quedó sumergido en el más profundo dolor.
¡Todo había acabado para él en el mundo con la pérdida de la mujer que amaba!

Los padres de la joven sollozaban sin consuelo.

Y el doctor, a quien los raptos se habían olvidado de tapar la boca con un pañuelo, daba voces pidiendo auxilio y clamando venganza.

CAPITULO XX

Presentimientos

Sentado sobre un sillón de brazos, puesta la mano sobre la frente, triste y en ademán pensativo, se ve a un joven en cuyo pálido rostro están impresas las huellas de profundos padecimientos físicos y morales. Su rostro pálido, descarnado, está bañado de una sombra melancólica, que revela el delicado temple de un corazón sensible, en donde no han penetrado aún los sentimientos especulativos que hieren de muerte el dulce amor, la tierna compasión, la ardiente caridad, y todos los nobles afectos que enaltecen a la criatura humana; sus ojos, grandes y negros, que aparecen mayores sobre la flaca y macilenta faz, están velados por las vaporosas lágrimas próximas a desprenderse, y que se extienden como una transparente tela sobre sus húmedas pupilas; sus labios, blancos como el papel, se entreabren de vez en cuando y trabajosamente, para exhalar un suspiro que brota del corazón, y su pecho respira con violencia, oprimido por los secretos sufrimientos que le desgarran.

Junto al sillón en que descansa este hombre, que tanto indica padecer, se descubre una cama de dorado bronce, velada por un rico pabellón que permite ver las blancas y finas sábanas de Holanda de un blanco lecho aun sin componer, que manifiesta los pocos momentos que lo abandonó el sér que debió pasar la noche en él.

En medio de la pared de la izquierda y a distancia de dos varas de la puerta que da entrada a esta alcoba, se observa una percha de barnizada caoba, con elegantes pantalones, chalecos y levitas, cubiertos en aquel momento por una cortina de damasco azul; enfrente, en la pared contraria,

se admira un lujoso lavamanos de exquisita hechura con finísima aljofaina de porcelana de China, y una hermosa y dorada jarra de lo mismo; y a corta distancia, un elegante tocador con grande espejo, y provisto de jabones aromáticos, de finas pomadas y de exquisitas esencias.

Eran las diez de la mañana, y, sin embargo, cualquiera hubiera dicho que acababa de despuntar el crepúsculo matutino; tan avara era la luz que penetraba al través de las flotantes cortinas que velaban la puerta vidriera de aquella alcoba, envuelta en medias sombras.

Nada se movía en ellas.

El silencio que reinaba era profundo.

Parecía que el alma de aquel hombre había comunicado a los objetos la sombría tristeza de que estaba poseída, y a juzgar por la inquietud que por todas partes reinaba, y por la misma actitud, meditabunda, cualquiera se hubiera creído conducido a un abovedado mausoleo o a una misteriosa pagoda que guardaba el embalsamado cadáver de un alto personaje que esperaba en aquella actitud la tremenda hora del juicio final.

De repente se oyó el ligero ruido producido por los pasos de alguna persona que se acercaba con precaución para no molestar, sin duda, al que dentro estaba.

Poco después cesó aquél, y se dibujó detrás de la cortina que velaba la puerta vidriera, la sombra de una mujer que parecía escuchar si alguien se movía.

Pasados algunos instantes de esperar inútilmente, se aventuró a preguntar con voz no muy fuerte:

—¿Se ha levantado usted ya, señor amo?

El joven a quien se dirigía la pregunta no hizo ni el más leve movimiento, y contestó con débil acento y sin levantar la cabeza, que apoyaba sobre la palma de la mano:

—Sí, Cecilia.

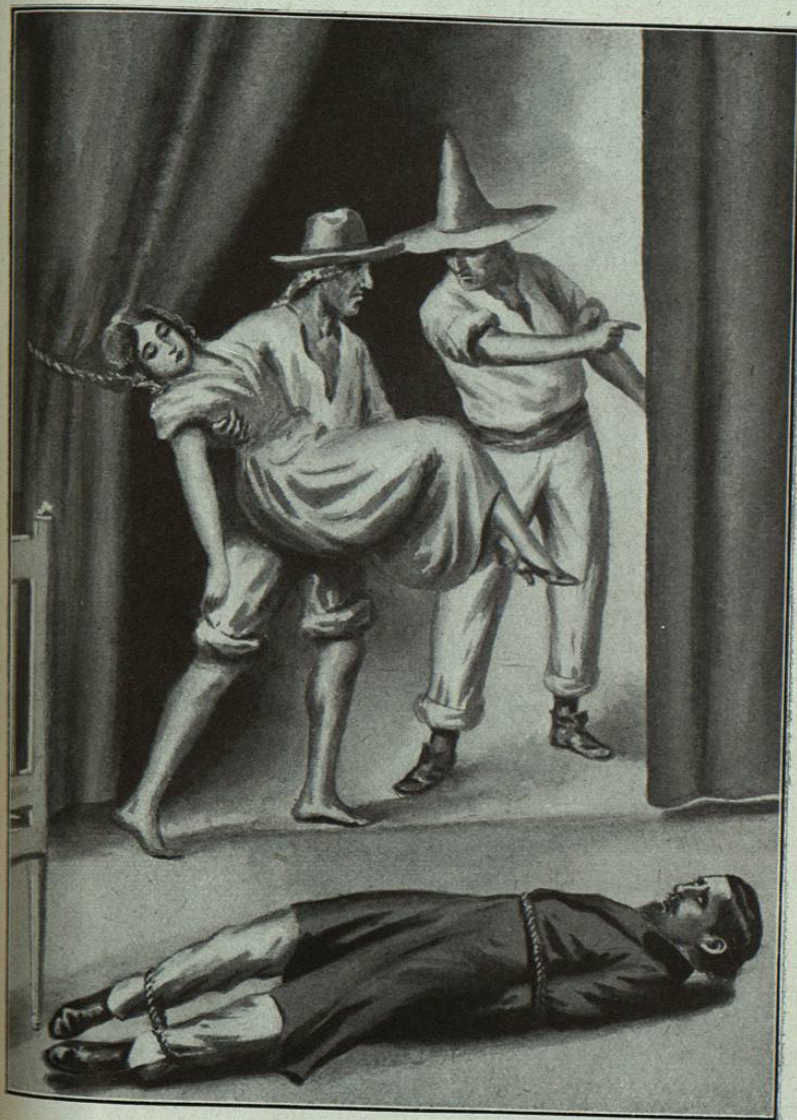
—¿Le traigo a usted el desayuno?

—Entra.

La puerta se abrió, dando entrada a una criada de edad regular, que conducía un plato con un pozuelo de «atole» y algunas tostadas de pan; era de aspecto franco y bondadoso y en su traje revelaba a la leal «ranchera» mexicana.

—¿Cómo se siente usted, señor don Rafael?—dijo, poniendo lo que llevaba sobre una silla, que le acercó al enfermo.

—Casi igual, Cecilia—respondió tristemente Rafael, quitando la mano de la frente y exhalando un suspiro.



De repente vió desaparecer detrás de la cortina al objeto que más amaba en el mundo...

(Página 430.—Tomo 1.)

—No lo permita Dios, señor amo; ahora se encuentra usted en la convalecencia, cuando hace quince días se encontraba atacado de una fiebre espantosa.

—Es verdad; la fiebre de la cabeza ha desaparecido, pero ha quedado la del corazón...; han calmado los padecimientos físicos, pero han crecido los del alma...

Y las facciones del convaleciente se demudaron de una manera marcada, como si los recuerdos renovasen las mal cerradas heridas de su pecho.

—Pero no se se entregue usted al dolor; es menester que busque usted distracciones, señor amo; que cuando se encuentre usted restablecido salga a la calle y haga visitas.

—Sí.

—Que no se deje usted dominar por la pena.

—Tú no sabes, buena Cecilia, lo que son los padecimientos del alma, y, por lo mismo, crees que es fácil arrojarlos de nosotros como se arroja un traje cuando nos molesta. En el campo, amáis sin contradicción, os unís a la persona que elegís, y nada se opone a vuestra felicidad; pero en las grandes ciudades, aquí a donde vienen a reunirse los hombres de todas partes, los buenos y los malos, los aspirantes y los buenos patriotas, los virtuosos y los hipócritas; aquí donde se confunden todos, como se confunden en el mar los ríos de limpias aguas y los de linfas corrompidas, los apacibles arroyos y los destructores torrentes; aquí, el padre, el esposo y el amante, viven en continua zozobra y sobresalto, vigilando el precioso tesoro que realiza el bello ideal de su existencia, temiendo que se lo arrebaten a cada instante, como me lo han arrebatado a mí..., a mí, que he apurado hasta las heces la copa del dolor en el instante mismo en que acercaba a mis labios la ambrosía de los dioses...

Y Rafael quedó abatido con la memoria de sus futuras esperanzas y sus presentes realidades.

—Ya lo veo—dijo Cecilia, conmovida por la tristeza que velaba el semblante de su amo—. ¿Quién me había de decir a mí que los muebles que trajo su merced, y que colocamos en la sala para cuando viniese a vivir a esta casa mi nueva ama Luz, se verían empolvados tantos días, y que esa preciosa criatura, que estaba destinada a su merced, se la llevarían a su pesar? ¡Pobre señorita! Yo no la vi más que la vez que me envió usted a su casa con las donas; pero su fisonomía quedó tan grabada en mi mente, que nunca se me borrará.

Rafael suspiró.

—Pero es preciso no perder la esperanza, señor amo—continuó la criada, notando el abatimiento del joven—; todos los amigos de usted se han propuesto hacer todo cuanto esté de su parte para encontrarla, y como la policía logre dar con el malvado, todo tendrá remedio, ¿no le parece a su merced?

—Sí, sí—contestó Rafael, tratando de cortar el diálogo—. Pero ahora déjame solo; y si viene alguno de mis amigos, dile que pase.

—Está muy bien, señor amo.

—Ya sabes: al doctor, a Leopoldo y al señor Núñez, únicamente.

—Sí, señor. ¿Y no quiere usted que haga la cama antes deirme?

—No; después la harás.

—Como usted disponga. ¡Dios quiera que se alivie usted! Y la criada salió, dirigiendo a su amo una mirada de compasión y de ternura.

—¡Que me alivie!...—exclamó Rafael con profunda amargura, al verse solo—. ¡No hay alivio para las dolencias del alma!... ¡No hay alivio para el que le arrebatan en un solo instante el tesoro que ha adorado toda su vida!... ¡No hay alivio para el mal que me consume!... ¡Luz era el aliento de mi existencia, el alma que animaba la mía, el bálsamo consolador de las desgracias!... ¡Sin ella, me falta el aliento vital del alma y la eficaz medicina a mis dolencias!... ¡Ah! ¿Por qué en vez de la ardiente fiebre que la arrancaron de mi lado, no me envió Dios la muerte para ahorrarme horribles padecimientos?... ¿Por qué en vez del lecho a que me condujeron en completo delirio, no sintió mi cuerpo el frío de la tumba?...

Y el desgraciado joven, profundamente conmovido, sintió desfallecer sus brazos y sin fuerzas para sostener el plato, y sintió desprenderse de sus ojos algunas lágrimas, que fueron a caer sobre el medicinal alimento que acercaba a sus labios.

—¡Llanto..., lágrimas!...—continuó después de un momento—. ¡Ah, si algunos me las viesan verter, se reirían de mí!... ¡Reirse!... ¡Ah, sí!... ¡Pero no se reirían los hombres de alma sensitiva; no se reirían los hombres que han conservado al través de la corrupción y del egoísmo que vienen desmoronando los pueblos, los nobles sentimientos de la caridad y de la compasión!... ¡No se reirían los que saben que las lágrimas del hombre son gotas de sangre que brotan de un corazón herido, no por el miedo, la pusilanimidad o la

cobardía, sino por el exceso del cariño y del amor, que engendran rasgos de heroísmo y de generosidad!... ¿Qué puede esperar la sociedad del hombre que permanece impasible y con los ojos enjutos ante las tiernas escenas de la vida? ¡Ah! Solamente los réprobos no lloran, porque en su corazón se ha secado la fuente celestial de la sensibilidad, apoderándose de él la envidia, el odio, la crueldad y la venganza!... ¡No; yo no me avergüenzo de estas lágrimas que me arranca la memoria de la mujer que amo, porque ellas me anuncian que Dios no ha retirado su bondad y su misericordia de mi alma!... ¡Corred, corred, lágrimas arrancadas por la dulce memoria del ángel puro de mi soñada felicidad!... ¡Corred, corred, amigos consoladores de mi infortunio!...

Y Rafael sintió agolparse a sus ojos en mayor abundancia las lágrimas evocadas por los recuerdos de su íntima pasión; su pecho se ensanchó con aquel llanto en que salía deshecha la pena que le oprimía, y su corazón exhaló en suspiros el peso que le quitaba la respiración.

El sonido de una campanilla vino a interrumpirle en sus meditaciones; oyó que alguien se acercaba; se enjugó el llanto, y a poco vió que se abría la puerta de la alcoba, presentándose el doctor Willey.

En la fisonomía de Rafael brilló el placer que se experimenta en la desgracia a la vista de una persona a quien juzgamos interesada en aliviar nuestros males y que toma parte en nuestros infortunios.

—Tenga usted la bondad de tomar una silla—dijo el convaleciente joven, sonriendo dulcemente—. ¿Ha adquirido usted algunas noticias, mi querido amigo?

El doctor acercó la silla a su confiada víctima; se sentó a su lado, le estrechó la mano con hipócrita interés, y le contestó:

—Positivas, ninguna, mi querido Rafael; pero sí con visos de probabilidad que pueden conducirnos al objeto deseado.

Los ojos del convaleciente brillaron de alegría, y en su pálido semblante la luz de la gratitud y de la esperanza.

—¡Ah!... Cuénteme usted, compañero, cuénteme usted las noticias que ha adquirido con respecto a la mujer que adoro, y cuya pérdida me costará la vida.

Y tan fuerte fué la conmoción que sintió el desventurado joven, con sólo pensar que iba a oír hablar del ángel de sus amores, que tuvo que reclinarse sobre el respaldo del sillón para no caer.

Y es que Rafael amaba con todas las veras del alma; como ama el hombre de nobles sentimientos, de corazón, sin doblez y de esmerada educación, que se avergonzaría de expresar lo que siente, que se juzgaría envilecido si profiriesen sus labios una palabra engañadora que no se hallase en disposición de cumplir; uno de esos hombres que se respetan a sí mismos, que temen la falsía de una iniquidad, que consideran el corazón de la mujer como una flor de purísimos perfumes, cuyo cáliz virginal no debemos envenenar con el aliento impuro de los falsos juramentos, sino aumentar su lozanía con las auras de una pasión íntima, tierna, respetuosa y leal; uno de esos hombres que al decir a una mujer «te amo», es porque aquellas palabras salen del fondo de un alma bondadosa, llena de virtud y de cariño, de respeto y de amor.

Y esos hombres encuentran siempre correspondencia firme, invariable a su amor; porque, la mujer, dotada de una exquisita sensibilidad, nunca es la primera en olvidar; y semejante a la hierba del amor que sólo mira al suelo cuando el sol que adora se ausenta a alumbrar otro hemisferio, aparta los ojos del objeto idolatrado, del sol de su constante amor, al verle que ingrato y despiadado se oculta entre las sombras de la ingratitud, para dejarla llorando y marchar a ofrecer su pasión a otra inocente mujer que ignora su criminal falsía.

Los que no cuentan con ese fondo de moral, con esos hidalgos sentimientos, únicos con que se conquista el corazón de esa dulce mitad del género humano que encierra inagotables tesoros de virtud y de cariño; los que haciendo ostentación de interesantes y seductores se acercan a cada joven que ven hermosa, a mentir una pasión que nunca han sentido, sin más objeto que el de vanagloriarse entre sus superficiales amigos del número y nombres de sus inocentes víctimas, esos nunca gozarán de los deleites inefables que proporciona una correspondencia indestructible, porque descubierta en su engaño, cada joven, procurando sanar las heridas de su alma, les mirará con el horror con que se mira al verdugo de nuestra felicidad, introducirán la desconfianza en el candoroso corazón de la mujer, que en un tiempo se creyera, y nunca tendrán derecho para acusarla de mudable y perjura.

Vais y mentís amor a la primera mujer que os agrada, le hacéis promesas y juramentos que nunca pensáis cumplir, y cuando veis conmovido aquel corazón, cuando veis que vuestras seductoras palabras han filtrado en aquella alma

virginal y pudorosa; cuando la veis supeditada y adormecida al acento falaz y melífico que formulan vuestros engañadores labios; cuando la veis, en fin, que no tiene más voluntad que la vuestra, otro deseo que el de agradaros, ni más pensamiento que el vuestro, entonces buscáis un vano pretexto, os apoderáis de la más inocente sonrisa que la urbanidad y la educación le ordena que dirija a otro, os valéis del pretexto más fútil y menos justificable para relevaros del compromiso que siniestramente contrajisteis. Si os cree..., ¡desgraciada de ella!..., la pena y el dolor, la tristeza y el sentimiento, rasgarán su corazón, aniquilarán su existencia; y si no os cree..., ¡desgraciada también!, porque su incredulidad, nacida de los desengaños que han desencantado su corazón, la obligará a no dar crédito a las sinceras y cariñosas palabras de un joven recomendable y honrado, que, atraído de sus virtudes y de su hermosura, aspire con todas veras a la posesión de su mano.

Y esos hombres vanos, son los primeros en denigrar a la infeliz mujer; porque para justificar su incalificable volubilidad no encuentran otro medio que el de calumniarlas y atribuirles todos los defectos de que ellos adolecen.

Pero no sucedía esto con Rafael y la encantadora Luz. El primero, dotado de un corazón noble, virtuoso y delicado, tenía formado un alto concepto de la mujer, y miraba como un crimen la falsía y el engaño, que otros tienen por entretenimiento y diversión; amaba al objeto que había interesado su alma, con ese respeto, con esa veneración religiosa con que amamos a los seres celestiales, y sus labios, siempre púdicos y respetuosos, jamás formularon otras palabras que las dictadas por la ternura, la deferencia y el amor.

Por su parte, la interesante joven correspondía a aquella pasión con toda la intensidad, con toda la pureza, con todo el ardor con que se ama el alma virginal de la mujer, antes que el envenenado aliento de los falsos amantes mate en flor sus celestiales ilusiones.

Por eso Rafael, que había concebido alguna esperanza al escuchar las consoladoras palabras del doctor, esperó profundamente conmovido la fausta noticia que tenía relación con el sér a quien se dirigían, como a un centro de atracción, todas sus ideas, todos sus pensamientos, todo su porvenir, su alma y su existencia.

Wiley manifestó conmovirse a la vista de los padecimientos de aquel hombre, en cuyo pálido semblante estaban

retratados a la vez el temor y la esperanza, la fe ardiente y la resignación.

—Sabe usted—dijo, dando a su fisonomía un tinte de profunda compasión—que tomo vivo interés en todo lo que a usted le pertenece, y que nada me arredra cuando se trata de su felicidad.

—¡Gracias, mi generoso amigo, gracias!...—exclamó Rafael, enternecido por aquellas falsas demostraciones de cariño.

—Impulsado, pues, por este sentimiento de amistad, no he descansado un instante, tratando de averiguar algo sobre el extraño acontecimiento de esa funesta noche en que vuestra idolatrada Luz fué arrancada del hogar paterno, y nosotros amarrados inhumanamente por unos enmascarados.

—¿Sabe usted que esos hombres, después de haber cometido el rapto, dejaron el coche abandonado en la plazuela de Buenavista, soltando las mulas para mayor seguridad?

—Nada de eso ignoro.

—Pues bien; empeñado yo en encontrar una luz que me condujera al fin que nos hemos propuesto, no dejé casa ni vivienda, ni accesoria ninguna donde no preguntase, hasta que una pobre mujer, a cuyo esposo curo, me dijo: «Señor, en esa noche a que usted se refiere, yendo yo por una medicina, vi entrar en un cuarto, que hasta ese mismo día había estado deshabitado, tres hombres y una señorita muy bien peusta, que iba triste, muy tapada y en silencio; al amanecer oí el ruido de un carruaje, y como el cuarto en que habían entrado aquellos señores quedaba enfrente de mi casa, la curiosidad me hizo abrir la puerta en el momento en que montaban en un coche, tirado por cuatro mulas, que partió llevando el rumbo de Tacuba».

—¡Ah! ¡Me han quitado hasta la esperanza de mi felicidad!...—exclamó Rafael, abrumado con el peso de aquella desgarradora noticia—. Antes pusieron obstáculos a mi enlace trabajando por prolongar el destierro del padre de mi amada, y cuando aclarada su inocencia y vencidas todas las dificultades tocaba con la mano la realización del bello ideal que halagaba mi existencia, el rapto y la violencia vienen a consumir lo que no pudieron la intriga y la calumnia...

—No hay que dejarse avasallar por la desgracia; yo tengo más fe y más energía para combatirla, y espero que al cabo venceremos. Para conseguirlo, he empezado por escribir a todos los pueblos cercanos, para que mis amigos me den parte en el instante en que vean llegar a la joven, cuyas señas he dado minuciosamente.

—¡Gracias, amigo mío, gracias!...—exclamó Rafael, estrechando la mano del doctor—. Pero creo que todo será en vano; el raptor no puede ser, en mi concepto, sino algún personaje a quien el gobierno se ve obligado a dispensar muchas consideraciones, si atendemos a lo que nos costó alzar el destierro del padre de mi desventurada Luz.

—¡Cómo! ¿Cree usted que la dificultad en alcanzar la libertad del anciano, haya reconocido por causa, el amor de alguna otra persona hacia la hermosa Luz?

—Sí; lo sospecho; todo el mundo sabía mi resolución en no celebrar mi enlace con la mujer que amaba mientras no se le alzase su destierro, y la dificultad en conseguir esto, a pesar del empeño de usted y las palabras de temor que algunas veces se escaparon de los labios de la joven que idolatraba, vienen a dar fuerza a mis sospechas.

El doctor, a quien le convenía alejar de sí toda sospecha, creyó conveniente apoyar aquella idea.

—No había cruzado por mi mente ese pensamiento—dijo Willey, como herido por aquella observación, y fingiendo meditar sobre ella—. Y, con efecto, examinado detenidamente, nada se presenta más lógico y natural.

—¿Conviene usted en mi idea?

—Es preciso; porque solamente así se explica esa dificultad con que, a pesar de mi influjo y mis altas relaciones, tropezamos para alzar el injusto destierro de su padre. Pero, ¿no sospecha usted?...

—Nada, absolutamente nada; es un pensamiento que me asaltó mucho antes de que sucediera la desgracia; pensamiento que hoy se asocia a otro más fatal y terrible, que me roba el sosiego y me enloquece.

—¿Otro pensamiento más fatal?...

—Sí; mucho más horroroso y desgarrador, que, si por desgracia se llegase a realizar, me costaría la vida...

Y en el rostro de Rafael se pintó el espanto y el terror; una palidez mortal veló su semblante, y un repentino calor hizo estremecer todos sus miembros.

—Es preciso no abrazar como cierta la primera idea funesta que nos asalta; la mayor conquista del hombre es dominarse a sí mismo.

—¡Ah!... ¡Si no me dominara, reventaría de pena el corazón!...

—Vamos, valor, mi querido Rafael; el mal es grave, pero no irremediable. Aunque el raptor sea, como es presumible, una persona con quien la justicia no crea prudente ejercer su autoridad, por esas consideraciones que todo go-

bierno nacido de una revolución se ve precisado a guardar en tiempo de convulsiones políticas con ciertos prohombres de influencia en el ejército y el pueblo, sin embargo, descubierta su nombre, yo me obligo solemnemente a devolverle a usted la inapreciable joya que le ha quitado.

—Pero esa joya—exclamó Rafael, estremeciéndose con el pensamiento que iba a emitir—, ¿estará limpia y pura, sin mancha y esplendente, como en el instante en que la vi desaparecer de mis ojos?... Esa purísima flor de divina esencia que perfumaba mi vida, y cuyas cándidas hojas sólo habían sentido el respetuoso halago de las auras del pudor y de la inocencia, ¿no habrá caído marchita al hálito del hombre que la arrancó del pensil en que abrió su cándida corola al contacto del celestial rocío de la virtud y de la religión?...

El doctor pareció abrumado con aquella observación, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro y quedó como oprimido del dolor que desgarraba el corazón de su engañado amigo.

Rafael interpretó aquella tristeza y aquel silencio de Willey por contestación afirmativa a los temores que combatían su alma.

No sabía que bajo el exterior hipócrita con que demostraba un pesar que estaba muy lejos de sentir, aplaudía el que se hubiese apoderado aquella idea del corazón de su engañado amigo; no sabía que aquel hombre estudiaba el carácter y los sentimientos de sus víctimas, y que sacaba provecho de sus mismos temores, apresurándose a poner en práctica lo que más íntimamente les hería.

Por el contrario, juzgando el fondo del inquieto mar por la apacible superficie de sus ondas en calma, la venenosa víbora por los lucientes colores de su pintada piel, y a las pérfidas sirenas por su canto seductor y su extremada belleza, estrechó agradecido la mano de su falaz amigo, y continuó con el acento de la más honda amargura:

—¡Ah!... Veo que en el generoso corazón de usted se abriga el mismo temor horrendo que en mi alma; sí, ese silencio, esa tristeza que vela su noble semblante, me revelan que participa usted de mi desgarradora idea.

—Bien, amigo mío, es verdad que temo; pero el temor no es una prueba—contestó el doctor, con voz melosa y procurando con sus estudiadas palabras de consuelo, dar mayor fuerza al desgarrador pensamiento de Rafael—. Parece, en efecto, que el hombre de que inicuos medios se ha valido, y que ha obrado con una constancia y un sigilo que exce-

den a cuanto la imaginación podía concebir, al verla sola, abandonada y sin defensa, haya llevado a cabo la obra de su iniquidad, sin conmoverse ante las súplicas, las lágrimas y el dolor de aquel ángel de virtud y de pureza, echando mano ya de la fuerza, ya de las amenazas o ya, tal vez, de un narcótico servido en el agua que debía acercar a sus sedientos labios.

—¡Oh!... ¡Eso sería el colmo de la iniquidad y de la infamia!...—exclamó el desgraciado Rafael, apretando los puños y encendiéndosele sus pálidas mejillas con la sangre que se agolpó de repente del corazón noblemente indignado.

Y al pronunciar estas palabras, trató de levantarse, impulsado de correr en busca de la mujer que idolatraba; pero su fuerza física no correspondía a la fuerza moral de que estaba poseído, y no bien se puso en pie, cuando volvió a caer sentado sobre el sillón, sin poder dar un paso.

—¡Ah!... ¡No puedo!... ¡No puedo!...—dijo, con el acento de la desesperación, y volviendo a ponerse cadavérico—. ¡Estoy condenado a padecer sin poder volar a defenderla!... Y ella, en tanto, ¡Dios mío!, me llama tal vez en medio de su aflicción y de sus penas para salvarse de los infames que tratan de envilecerla.

Y ocultó su rostro entre las manos, respirando con violenta agitación y sin poder continuar. La indignación le había prestado energía para expresar con fuego su pensamiento; pero aquella energía fué instantánea como la luz del relámpago, y se quedó abatido y sin fuerzas, como el desgraciado naufrago que lucha con las olas, y haciendo el último esfuerzo supremo, llega a la playa, donde cae extenuado de fatiga.

Willey puso la mano sobre el hombro de su víctima con muestras de profundo interés, procuró dar a su rostro el tinte más subido de melancolía, y con acento blando y plañidero, contestó tratando de revelar un sentimiento extraño:

—Estas emociones le afectan a usted de una manera alarmante, y pueden ser causa de una peligrosa recaída que pudiera darnos funestos resultados con respecto a su interesante vida; es preciso, pues, que cedan su lugar a sentimientos más consoladores y dulces; dé usted entrada en su corazón a la balsámica esperanza, y confíe usted en que mis leales y numerosos amigos, a quienes, como antes dije a usted, he escrito, me comuniquen el rumbo que llevan los raptos, para que arranquemos de su infernal poder la rica perla, la flor divina en que tenía usted ci-

frada su felicidad y la ventura de toda su vida. Sí, amigo mío, confíe usted y recobre usted la tranquilidad, porque ese ángel volverá a su presencia para llenar el vacío que la perfidia ha dejado en su alma.

—¡Sí!... Pero si a esa luciente perla le han quitado el esmalte que la embellecía; si a esa flor le han hecho perder las blandas tintas de su virginal pureza; si a ese ángel le han despojado de la brillante y nítida aureola que circunda el alma de los seres sin mancilla; si vuelve, no con la dulce sonrisa que vaga en los púdicos labios de la inocencia, sino con la tristeza y la palidez del blanco lirio de los valles cuando el astro abrasador ha pasado robándole su frescura, entonces, en vez de esa felicidad que ha sido el bello ideal de mi existencia, el dulce sueño que ha acariciado mi mente, como acaricia una madre el lisonjero porvenir del niño que sonríe en la cuna, el llanto y el pesar, el dolor y la vergüenza, amargarán todas las horas de mi triste existencia...

—Sensible es, en efecto—contestó Willey, tratando con hipócrita compasión de introducir el despego hacia Luz en aquel corazón altamente delicado—, recibir empañado con el aliento impuro de un infame corruptor, el limpio espejo que reflejaba amoroso nuestra sola imagen; doloroso el que el público injusto y mordaz señale con el dedo al ser que idolatramos, hincando su enconoso diente en su honra y su reputación, haciendo injuriosas versiones sobre un acontecimiento que la maledicencia pinta siempre por el lado más ofensivo. Pero si la voluntad de esa modesta joven—añadió con aire filosófico, cuando conoció que sus primeras palabras habían hecho la impresión que deseaba—ha estado en relación inversa con la pérdida de su límpida pureza; si la fuerza y la perfidia han arrastrado una nueva víctima a que aumente el catálogo de las jóvenes desgraciadas, usted debe hacerse superior a las preocupaciones del vulgo, y olvidar lo pasado, sin acordarse de las caricias que ha recibido de otro hombre, de los lúbricos abrazos que desgarraron su corazón; del fuego impuro de sus lascivos labios con que habrá quemado los virginales del ángel indefenso, y...

—¡Oh!... ¡Antes la quiero muerta!...—exclamó Rafael, sin dejarle acabar, herido por aquellas palabras que el doctor había tenido buen cuidado de marcar, sabiendo el efecto que producirían en el alma sensible y amorosa de su encañado amigo—. ¡Muerta, sí..., porque la muerte al menos le ahorraría a la infeliz la vergüenza de sus recuerdos que

la martirizarían toda la vida, y a mí el dolor de verla padecer!...

El doctor le dió interinamente el parabién por aquellos hidalgos sentimientos que tan eficazmente contribuían al logro de su intento; éste se reducía a levantar un valladar insuperable entre los dos amantes, y ninguno más inaccesible que la mutua delicadeza de que ambos alentaban.

Willey vió, pues, bien preparado el terreno para llevar adelante con feliz éxito su plan, y contestó:

—Tiene usted razón, compañero; la muerte de la mujer que se ama es preferible a su deshonor.

—Pero tal vez la salvemos antes; ¿no es verdad, querido amigo?...—exclamó con la mayor ansiedad Rafael, sin poder conformarse con aquella desgarradora idea—. ¡Ah!... Si yo estuviese bueno..., si me hallase en disposición de salir..., yo la buscaría por todas partes, y la encontraría, sí, antes de que los malvados lograsen echar una negra mancha sobre su virginal pureza...

—Y ¿no cree usted que hay amigos que trabajarán con el mismo empeño e interés que usted desplegaría?—preguntó el doctor con mentida tristeza y fingiendo resentimiento.

—¡Ah! Sí; perdóneme usted, compañero... Sé la parte que toma usted por mi felicidad..., conozco su noble corazón, y le aseguro que no ha sido mi ánimo ofenderle... En usted, en usted sólo deposito mi entera confianza, y espero, por su medio, recobrar ileso el tesoro que me han arrebatado...

—Al menos no descansaré hasta conseguirlo.

—¡Gracias!...

—Ahora mismo voy a ver si he recibido algunas cartas de las personas a quienes he escrito.

—Sí, por favor; no se detenga usted.

—Y si alguna buena nueva recibo, la pondré en el instante en conocimiento de usted para que dispongamos lo que se debe hacer, y partiré yo en el acto a salvar a esa joven.

—Es usted el más generoso de los hombres.

—Es un deber de amistad y de conciencia. Pero si, por desgracia, nada conseguimos...

—Entonces—exclamó Rafael, incorporándose resuelto en el sillón—, no descansaré hasta no dar con el raptor inicuo y derramar hasta su última gota de sangre... Sí—añadió, exaltándose a medida que hablaba—; nada le valdrá entonces la protección del gobierno, porque a los justos enemigos de ese gobierno que deja impunes los delitos, me

uniré yo, se unirá Cabrera, se unirán todos los amigos, para arrojarle de la altura que ocupa, y colocar otros hombres que diesen garantías a la sociedad.

—Y me uniría yo también con toda el alma—dijo el doctor, tendiéndole la mano para despedirse.

—¿También usted?

—Yo siempre me coloco al lado de la justicia y enfrente de la tiranía.

—Bien—exclamó Rafael, con profunda emoción de gratitud—. Pero tal vez no sea necesario tocar ese extremo; tal vez el hombre que me ha arrebatado de mi lado a la mujer que adoro, tema el resultado de nuestras pesquisas, y la deje volver al seno de su familia, exigiéndole el silencio más profundo.

—No es imposible.

—¡Oh!... Dios lo quiera.

—Para conseguirlo, trabajaré sin descanso.

—¡Gracias! Y ¿ha tenido usted la bondad de seguir visitando a mis enfermos?

—Sí, compañero, y continuaré haciéndolo hasta que usted se encuentre en disposición de hacerlo por sí mismo.

—Mil gracias.

El doctor y Rafael se estrecharon las manos, y aquel salió diciendo:

—¡Qué confiados son todos los hombres que abrigan un alma generosa y sin doblez!... Me cree su mejor amigo..., me abre las puertas de su corazón..., me confía todos sus secretos y me revela sus proyectos para que yo saque el provecho más positivo de todo... En este momento me juzga interesado en salvar a la mujer que adora... ¡Imbécil!... Voy, sí, en su busca; pero es para alcanzar sus caricias y desgarrar tu corazón con la infamia que arroje sobre ella, que tanto me ha despreciado por tu causa...

Y Willey, como el genio del mal que saborea su venganza, bajó precipitadamente la escalera, cruzó aprisa las calles principales, penetró a poco en los suburbios de la ciudad y se dirigió hacia un estrecho callejón, donde se levantaba en medio de miserables barracas de adobe, una casa pintada de encarnado, rodeada de árboles y de un alegre y espacioso campo.

Rafael, entre tanto, quedó abatido y triste, con el pensamiento fijo en su objeto que era el centro de atracción en que giraban todas sus ideas; en su adorada Luz; pero aquel pensamiento, dulce y tierno otras veces, estaba mezclado entonces con la amarga hiel del temor de una incompa-

rable desgracia. Su présago corazón le anunciaba que la mujer que amaba no podía ya ostentar en su frente la pureza de los ángeles que rodea de un encanto indefinible la natural belleza de esa dulce mitad del género humano. Parecía que una melancólica sombra que imprime la pérdida de la inocencia velaba su frente, y que aquellos frescos y encendidos labios, envidia en otros tiempos de los claveles y de las rosas, habían quedado blancos y secos al ífero contacto de los impuros y corrompidos del hombre infame que había cubierto de luto su corazón.

Estas ideas eran demasiado fuertes y desgarradoras para el alma sensible y amorosa de Rafael; quería desterrarlas de su mente, mas no podía; aquel pensamiento estaba como enclavado en su corazón, e iba mezclado en su misma sangre, invadiendo, como ésta, todas las partes de su cuerpo.

Abrumado por el inmenso peso de tanto sufrir, puso los codos sobre las rodillas, apoyó la frente en las palmas de las manos, exhaló un suspiro, y quedó con la vista fija en un punto.

Así se detuvo algunos instantes, hasta que el ruido de la puerta, que se abrió dando entrada a Cecilia, le sacó de sus meditaciones.

—Señor amo—dijo la criada—; un joven muy bien puesto y de buena figura, desea entrar a visitar a usted.

—¿No ha dicho su nombre?

—Sí, señor; pero, la verdad, se me ha olvidado.

—Dile que entre.

Cecilia se fué, y Rafael se sentó bien en el sillón para recibir a la persona anunciada, de la que nos ocupamos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXI

Proyectos

El hombre que se había hecho anunciar, y que penetró a poco en la alcoba del desgraciado Rafael, era Núñez, el leal amigo de Leopoldo, a quien vimos figurar al principio de los acontecimientos, en el traje y condición más humildes.

Ahora, por el contrario, vestía un traje elegante, que real-